

EL MUSEO LITERARIO.

Primeros suscritores SS. MM. y AA.

Año 2.º

Valencia 26 Febrero 1865.

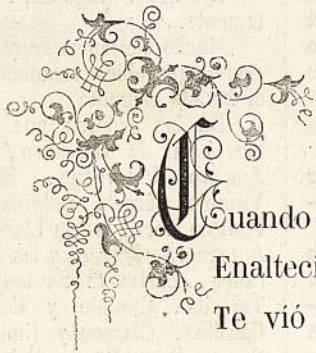
Núm. 9.

Á S. M. LA REINA

CON MOTIVO

DE LA GENEROSA CESION AL ESTADO DE LA MAYOR PARTE DE LA CORONA.

SONETO.



Cuando blandiendo fiel la hidalga lanza
Enalteció tu cuna el pueblo hispano,
Te vió inocente y bella, y miró ufano
Subir contigo al trono la esperanza.

Llegó tras la tormenta la bonanza,
Y roto del futuro el negro arcano,
La España en tí su anhelo soberano
Logrado, Reina bienhechora, alcanza.

Hay algo de divino en la diadema,
Y ella consagra y honra á la eminente
Cerviz que mas su magestad blasona;

Mas por mucho que brille el régio emblema,
Hoy recibe, ISABEL, de tu alta frente
Nuevo y santo prestigio la corona.

Erudora Florente.

SUMARIO.

A. S. M. la Reina con motivo de la generosa cesion al Estado de la mayor parte de la corona (soneto), por D. Teodoro Llorente.—Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.—El feliz encuentro, por D. Francisco Rovira Aguilera.—Un recuerdo de un baile de máscaras, por D. Rafael Blasco.—Fábula; el asno y el espejo, por Don R. Ferrer y Bigné.—Oriental (poesia), por D. Cayetano de Suricalday.—Felicidad doméstica (continuacion), por D. Antonio de Trueba.

Láminas. El mundo es una casa de locos. ¡Mueran los cuerdos!—Tipos de vendedores en Manila.—Inauguracion de los trabajos del derribo de las murallas de Valencia.

REVISTA DE LA SEMANA.

No de los hechos gloriosos de la historia de nuestra España ha tenido lugar en la semana.

S. M. la Reina Doña Isabel II ha cedido parte de sus bienes al Estado con objeto de que con el producto de ellos se atiende á las necesidades de la nacion.

Una cuestion política absorbía en toda España las demás cuestiones de interés local.

Valencia yacía aletargada bajo el peso de los infortunios.

El fomento de sus intereses, el desenvolvimiento de los gérmenes de prosperidad, todo se encontraba paralizado.

La mano de la Providencia que favorece sin duda á la nacion, que cuenta por madre á nuestra Reina, ha conseguido llevar el júbilo desde la humilde choza del labrador hasta los palacios de los grandes.

El magnánimo corazón de S. M. ha logrado que renazca la confianza en todas las clases de la sociedad, enjugando las tristes lágrimas que empezaban á brotar de los que veían próximo el momento de aminorar sus medios de subsistencia.

Hoy el pueblo dócil, sensato, cansado de disturbios y desgracias, eleva al cielo fervientes votos por Isabel la bondadosa, y por su augustó hijo, ídolo de sus esperanzas.

Amorosa y solícita como una madre, esforzada como un héroe, instruida como el primer hombre de Estado, apreciadora del poder de las circunstancias como el mas hábil diplomático, é inteligente en los negocios como el administrador mas práctico, no hay sobre ningún trono de Europa quien haya dado un ejemplo de abnegacion semejante.

Desde nuestra humilde redaccion, mandamos á tan augusta Soberana los mas sinceros plácemes por el hecho para el cual la historia guarda una de sus mas brillantes páginas.

Valencia no solo ha tenido un dia de júbilo por la feliz noticia de que dejamos hecho mérito, sino que tambien por la inauguracion de los trabajos para el derribo de las murallas.

El lunes, á las cuatro y media de la tarde, era el dia y hora citadas para la demolicion de la parte de muralla que media entre la puerta del Real y la de S. Narciso.

Un gentío inmenso llenaba todo el puente del Real y sus inmediaciones.

Los zapadores bomberos y muchos trabajadores, se hallaban colocados en las almenas esperando á las Autoridades y demás convidados.

A la indicada hora llegó el ayuntamiento presidido por el gobernador interino señor Amorós, y en union con los comisionados de la Diputacion provincial y de otras corporaciones que habian sido invitadas al efecto, se colocó en el tablado. El secretario de la municipalidad dió cuenta de la autorizacion con-

cedida por el gobierno para el derribo de las murallas, y entregó la piqueta al Sr. Sancho, arquitecto provincial. Este señor, que es el autor del plano del Paseo de Isabel II, cuyas obras se inauguraban, entregó la piqueta para que diese el primer golpe al señor marqués de Casa-Ramos, encargado de la alcaldía-corregimiento. El señor marqués de Casa-Ramos pidió al Sr. Gobernador que inaugurase los trabajos; y el Sr. Amorós, despues de felicitar al ayuntamiento y á la ciudad por el comienzo de la obra que iba á realizarse, vencidos los obstáculos que se habian presentado, escitó el celo de la municipalidad para proseguir los trabajos hasta su terminacion, haciendo presente la santidad de una empresa que se inauguraba para dar trabajo y pan á los desvalidos, y que indudablemente seria bendecida por Dios. Al grito de ¡Viva la Reina! descargó el Sr. Amorós el primer golpe sobre la muralla, y una prolongada exclamacion de alegría recorrió las compactas filas del inmenso gentío que se agrupaba al derredor del tablado.

Hoy reproducimos la vista que ofrecia el acto, como recuerdo de un hecho digno por todos conceptos de no ser olvidado de los valencianos.

Las obras continúan con gran celeridad, habiéndose encontrado una inscripcion en una de las piedras arrancadas.

A su tiempo daremos cuenta á nuestros lectores de este descubrimiento.

El Sr. D. Cirilo Amorós, jóven entusiasta por las glorias de su pais, y á quien con tanto acierto colocó S. M. al frente de nuestro gobierno civil, ha conseguido en pocos dias llevar á efecto un proyecto de utilidad para la poblacion, y de grandísima importancia en una época como la que atravesábamos, en la que la falta de trabajo tenia á gran número de trabajadores espuestos á pasar por el duro trance de la miseria mas espantosa, ó á emigrar á lejanas tierras en busca de su subsistencia.

Breve ha sido la administracion del señor Amorós, pero de ella quedarán gratos recuerdos en la patria del Cid.

En reemplazo del Sr. Amorós ha llegado á nuestra capital el Sr. D. Francisco Rubio.

Auguramos á Valencia un porvenir halagüeño de mejoras y de buena administracion con el Sr. Rubio, que reúne á sus conocimientos el mas amable trato y finura para cuantas personas le tratan.

La cuestion del crédito mercantil de nuestra plaza ha llevado durante la semana la consternacion á muchas familias, pero en breves horas ha desaparecido, reinando de nuevo la confianza, en vista de las aclaraciones dadas con tanto acierto en todos los bancos.

El crédito en Valencia está seguro, y nos complacemos en asegurar que en todas las sociedades que existen se pagará oportunamente.

No así en esa otra turba de sociedades que se elevan sobre bases que todo el mundo ignora, y cuyas sucursales establecidas en todas las principales provincias de España no pagan hoy intereses ni capital.

El Banco de Fomento ha satisfecho en pocos dias grandes cantidades, y á un breve plazo pagará cuanto se le pida y deba dar.

El Crédito Valenciano, á pesar de los grandes gastos que hace en las Obras del Puerto, para las cuales necesita mucho metálico, cumple cual corresponde.

La Caja Mercantil ha satisfecho cantidades muy considerables en pocos dias.

Del Crédito Mercantil nada se dice, y las demás Cajas establecidas hacen sus operaciones bajo bases seguras, y nunca pueden faltar á los compromisos contraidos con los imponentes.

Por honra de Valencia deben todos sus habitantes ayudar en lo posible á las empresas

que hoy tienen crecidos valores en papel cuya baja estamos viendo en las cotizaciones, pues el bienestar y la riqueza de un pais lo constituye el crédito.

No obstante la impresion que ha causado en los ánimos los rumores de crisis comercial, la gente se divierte y goza de cuanto es susceptible Valencia.

Bailes, conciertos, soirées, todo anuncia que el Carnaval ha llegado.

Los amables condes de Parcent inauguraron el lindo teatro que han construido para entretenimiento de sus numerosos amigos la noche del domingo.

El teatro reúne toda la elegancia y gusto apetecido, gracias á la direccion del señor Conde y á los artistas valencianos Sres. Coscollá, Grollo y Marzo.

Sus butacas estaban ocupadas por cuanto Valencia encierra de bello y aristocrático.

El Sr. D. Francisco Royo compuso para la inauguracion un precioso himno, que cantaron las lindas señoritas Rosa Royo, Aurora, García, Teresita Orellana, Enriqueta Santonja, Rosario Giner y varios jóvenes aficionados.

Amor á la moda, Pobres mugeres y Los dos ciegos fueron las piezas elegidas.

Si fuéramos á describir una por una todas las gratas impresiones que recibimos al oír declamar á nuestras lindas niñas, seria trabajo prolijo.

La señorita de Moltó estuvo admirable en su papel de niña previsor.

Las bellas niñas de Barranco y Salvá, caracterizaron perfectamente sus respectivos papeles.

El Sr. Mena admirable en su papel de Los dos ciegos.

Los Sres. Reguera, Font y Jover perfectamente.

Mucho deseamos se repitan con frecuencia estas agradables reuniones, hoy en boga en el mundo elegante.

De las señoras que acudieron recordamos á las de Barranco, Julia Montesinos, Amparo Palavicino, Encarnacion Iranzo, Virginia Cárcel, Dolores Salamanca, Elisa Font de Mora, las de Llano, Orellana, Royo, Antequera, Ferrer, y las señoritas Pura Barranco, Enriqueta Santonja, Aurora García, Teresita, Clotilde y Escolástica Orellana, Carolina, Carmen y Emilia Cárcel, Rosario Giner, Rosa Royo, Dolores y Elisa Valero, Clara Antequera y sus hermanas, Clementina Llano, Filomena y Luisa Rovira, Amparito Ferrer, María Cárcel, tres pollitas nuevas, Conchita Font de Mora y dos de Stárico.

Las horas se deslizaron sin sentir, mirando todos los concurrentes con sentimiento la hora de abandonar los elegantes salones y la amable conversacion y fino trato de los señores Condes de Parcent.

La semana próxima daremos cuenta de la funcion extraordinaria, que á beneficio de los desgraciados de Alcira, se debe haber dado por la distinguida actriz Sra. Llanos de Bremon.

El ilustre viagero príncipe Napoleon Wyse, distinguido literato, ha recorrido estos dias varios sitios de la poblacion. Reune á su fino trato un talento privilegiado.

Hemos recibido la honra de que nos dé una de sus bellas composiciones que insertaremos en el próximo número.

El nuevo circo del Príncipe Alfonso debe haber abierto sus puertas ayer.

Nos ocuparemos de las funciones que indudablemente serán bien recibidas del público.

Deseamos al empresario mucha entrada y á los artistas grandes aplausos.

Nuestro amigo y colaborador el señor D. Ventura Ruiz Aguilera, ha terminado la novela titulada *El mundo al revés*.

Hemos recibido un ejemplar, y es digna de tan distinguido escritor.

GERONIMO FLORES.

EL FELIZ ENCUENTRO.

I.

Besaba cariñosamente las márgenes vestidas de bellas madrelelas que le regaló la primavera un arroyo, en cuyo seno se retrataban las elegantes juncias, los aromosos nardos, y las tímidas violetas.

En él lavaba su cara, mucho mas bella que las rosas de los Alpes de que estaba cuajado un rosal que crecía á corta distancia, una niña de quince años, con tan pocos pensamiento como días de existencia.

Acertó á pasar por allí, no sabemos si de intento ó al acaso un jóven cazador, y sorprendiendo en su tocador á esta ninfa,

—Niña, le preguntó: ¿Sabes si me será fácil hallar por aquí cerca quien me dé un poco de pan y leche?

—Venid conmigo, contestó la niña cogiéndole inocentemente de la mano y conduciéndole á una pequeña casita cobijada por unos frondosos nogales.

—Pasad, le dijo, así que llegaron á la puerta. Aquí vive mi madre Ana, es muy buena, y dice, que dar de comer al hambriento es una obra de misericordia.

II.

El cazador, que entró en la casa tan pobre como limpia á la que le condujo la niña, se encontró á los pocos pasos del portal frente á frente con una anciana, cuyas facciones no habian perdido nada de su hermosura, y cuya cabeza parecia un gran copo de nieve.

—Dios os guarde, caballero, dijo al cazador: puesto que mi hija os trae á esta casa, es que os hace falta algo. Hablad, que si en nuestra pobreza podemos consolaros, tendremos una satisfaccion en servirlos.

—Ya mas de dos horas que voy extraviado por ese bosque cercano, contestó el cazador, y vengo abrumado de cansancio y muerto de hambre.

La anciana puso delante del jóven una mesa baja y pequeña cubierta si no con un fino, con un blanco mantelillo, y á poco, la que fue guia del cazador le sirvió un jarro de leche y unas tortas de maíz.

—No hay otra cosa, dijo la niña tocando con la palma de la mano el hombro de su compañero, pero mi madre dice, que el que dá lo que tiene no viene obligado á mas.

III.

María, que así se llamaba la jóven á quien encontró el cazador lavándose en el arroyo, salió de la casa corriendo como una gacela y cantando como un pájaro. La anciana fue en direccion de las habitaciones interiores y el cazador quedó saboreando las viandas que tan amablemente le habian ofrecido.

Así que concluyó de comerse las tortas y de paladear la leche, y viendo que ni la anciana ni la niña parecían, admirado de su espontánea franqueza y decidido á pagar con la misma moneda, dejando sobre la silla donde estaba sentado sus fornituras, y arrojando la escopeta en un rincon de la cocina, se salió con objeto de inspeccionar los alrededores de aquella pintoresca vivienda.

IV.

Apenas anduvo algunos pasos, cuando una ligera presion que ejercieron en su brazo, le advirtió de que no estaba solo.

Volvió la cara para ver quién era el que tan francamente se insinuaba, y se encontró con una indefinible mirada de pureza y curiosidad, que le dirigió María.

—¿Qué buscáis? le preguntó la candorosa niña colgándose de su brazo.

—A ti te buscaba.

—¿Para qué?

—Para decirte, que eres muy hermosa.

—Muy hermosa, dice mi madre, que es la Virgen del Rosario.

V.

El cazador, que ya observó que la niña no hablaba mas que por boca de su madre, iba á apurar su candidez con una multitud de preguntas que se le ocurrieron, pero María, soltándose de su brazo, echó á correr cantando:

Ya no tiene la serrana,
La libertad que tenía;
Ya no la dejan salir,
Por aquellas serranías.

VI.

No sabia nuestro jóven darse cuenta de lo que le pasaba, ni comprendía el carácter de aquella niña tan bella, tan viva y al parecer tan inteligente.

Tentado estuvo mas de una vez de echar á correr tras ella, pero decidiéndose á presentarse en un todo mozo de paz, se sentó á la sombra de un olivo, sacó un libro del bolsillo y se puso leer.

A poco sintió que le tiraban de las orejas y una voz tan trinadora como la del mirlo, que cantaba á su espalda:

De la raíz del olivo,
Nació mi madre, serrana;
Y yo como soy su hijo,
Nací de la misma rama.

VII.

Iba ya cansando á nuestro jóven aquella situacion anómala aunque bella; y entrándose en la casa trató de ver si con la anciana podría sacar mas partido que con la niña.

—Decidme, buena muger, aunque os parezca importuna esta pregunta, pero la disparidad de edades que hay entre vos y esa niña tan alegre y tan hermosa, me hace creer que no es vuestra hija. ¿Me he engañado?

—No, señor, contestó la anciana, y me alegro de que me hayais hecho esta pregunta, porque tengo el encargo de no hablar de ella mas que á los que me pregunten por su suerte; y ya veis, yo que veo que me quedan pocos años de vida, no quisiera dejar abandonado ese ángel, á merced de cualquier facineroso.

—¿Pero os liga alguna clase de parentesco con esa niña?

—Nada, señor, mas que un secreto.

—Vos lo habeis dicho, es un secreto.

—Pero no para vos, que os interesais por ella, y que al revelárselo quizás podais contribuir á que se cumpla la voluntad de su madre.

—No perdais, pues, el tiempo, y contadme esa historia que, sin saber sus pormenores, me interesa.

—Una noche de Enero, comenzó la anciana, (derramando abundantes lágrimas), caía el agua á torrentes, y un frio glacial entumecía los miembros de todos los habitantes de estos alrededores.

Era al anocheecer. El bosque y las colinas, todo, estaba envuelto en tinieblas, amenazante por demás era el ruido del río y los torrentes; y yo, encomendándome á la Virgen del Consuelo, me preparaba á acostarme. De pronto resuenan tres fuertes golpes á la puerta de esta choza.

¿Quién vá? pregunté temblando, pero creyendo que era algun caminante desviado que obligado por la tempestad venia á pedirme refugio.

—Abrid, buena muger, contestó de fuera una voz vibrante y robusta.

Abri, y al propio tiempo entró un gallardo jóven embozado hasta los ojos, sacó de bajo de su capote una preciosa criatura que apenas contaría seis dias, y poniendo una bolsa sobre la mesa,

—Tomad, me dijo, el rey os nombra depositaria de este tesoro, aquí teneis esta niña y esta bolsa, que os servirá para atender á su

cuidado; no reveleis á nadie este secreto, hasta que llegue uno que pregunte con verdadero interés por ella.

—¿Y no hay ninguna pequeña circunstancia, preguntó vivamente interesado el jóven, que pueda confirmar la certeza de vuestro relato?

—Hay señor, contestó la anciana, un medallón que llevaba pendiente al cuello.

—Veámoslo, replicó el jóven.

—Lo lleva aun ella, señor, pues creyendo que seria alguna reliquia que le habria puesto su madre, no he permitido nunca que se lo quitase.

—¿Quereis llamarla y pedirselo, para que sin que se aperciba pueda yo examinarlo?

—En seguida.

VIII.

Poco tiempo despues, tenia el jóven entre sus manos un relicario de oro, guarnecido de brillantes, que contenia una preciosa imagen de la Virgen del Rosario, y en cuyo respaldo estaba grabado el escudo de armas de su familia.

—María, María, gritó, saliendo apresuradamente de la casa. Ven y abraza á tu hermano.

La anciana y la jóven quedaron atónitas, sin saber lo que les pasaba, pero poco á poco, cuando el jóven les hizo la relacion de las desgracias de su familia, una de las que mas habian sufrido los desastres de la guerra civil, y el medio de que sus amigos se valieron para poner á salvo aquella criatura, cuya madre habia sido ferozmente asesinada, y cuyo padre y hermanos estaban en el campo del honor luchando por el triunfo de la causa que sostenian, pero sin poder defender á aquel tierno vástago, le convencieron de la realidad de aquel, al parecer encanto misterioso.

IX.

Algunas horas pasaron aun separados los dos hermanos, cuyo encuentro se habia logrado á pesar de ser tan difícil, por no quedar ninguno de los que fueron á depositar á la niña, y no recordar un criado de ellos mas que se habia confiado el velar por ella á una anciana que vivia en un bosque, á bastante distancia de la capital.

Pero en aquel mismo dia, un lujoso carruaje que paró á la puerta de la choza, condujo á la hermosa niña y á la anciana que le habia servido de madre, y de la que aquella no queria separarse, al palacio de los Duques de C.... del que fue el mas caro y predilecto adorno su hermosura, y el mayor tesoro la acrisolada virtud y la angelical inocencia de María.

FRANCISCO ROVIRA AGUILAR.

UN RECUERDO

de un balle de máscaras.

I.

Serian como las once de la noche del último dia de Carnaval, y ya estaba resuelto á entregarme á las delicias del sueño, cuando cuatro tremendos aldabonazos y un soberbio repique dados en la puerta de la casa cuyo piso mas elevado habito, me indicaron que todavia habia en la tierra mortales que de mí se acordaban, á pesar de que podia asegurarse que los habia abandonado para remontarme á las nubes.

¿Quién me buscará á tales horas? pensé yo; ¿quién será el alma de cántaro que se atreve á subir ochenta y siete escalones para hacerme una visita? ¿Qué acreedor habrá elegido la hora de media noche para saldar sus cuentas, es decir, para pretender inútilmente saldarlas? ¿Qué amigo vendrá á tener el gusto de darme una mala noticia? ¿Pretenderá, por ventura, el casero que le pague los tres



EL MUNDO ES UNA CASA DE LOCOS. ¡MUERAN LOS CUERDOS!

Ayuntamiento de Madrid

GODEFROY DURAND.

meses vencidos? ¿Si Doña Crispina, la patrona de huéspedes, intentará cobrar aquel piquillo...?

Pero en tanto que yo reflexionaba cosas tan tristes, el mortal que había llamado á la puerta de la calle, había subido los ochenta y

siete escalones que me alejaban del mundo y sus miserias y hacia sonar con fuerza la campanilla de mi habitación.

Acerquéme á la puerta entre medroso y desconfiado, abrí con decision y un hombre

vestido con un traje ajustado de color de rosa, terciado un manto y la cabeza coronada de yerba, se arrojó en mis brazos.

Di dos pasos atrás, sacudíme aquel fenómeno y exclamé:



TIPOS DE VENDEDORES EN MANILA.

—Caballero ¿qué significa esto?
—¿No me conoces, Lopez? exclamó riendo á carcajada tendida el sonrosado personaje; me alegro; eso es lo que yo deseaba.
—Pero ¿quién es V.?
—Ven acá, borrego, acerca la luz.

—¿Roque!
—El mismo.
—Pero ¿qué significa ese traje?
—Una cosa muy sencilla: esta noche es la última de Carnaval y he resuelto divertirme, hacer el calavera, chico.

—¿Y tu muger?
—Angustias es una infeliz; le he dicho que un negocio urgente me llamaba á Aranjuez....
—¿Y lo ha creído?
—Ella lo cree todo; á estas horas duerme el sueño de los justos, despues de haber rezado

veinte letanías para que no descarrile el tren.

—¡Pero ese traje...!

—Hombre, necesitaba un traje para ir al baile del teatro Real, porque cualquier amigo imprudente podía verme y contárselo á mi costilla, y he pensado que ninguno era mas á propósito para mis carnes que el del dios Baco. Ya ves, sencillo y de buen gusto, pantalón ajustado, chaqueta ajustada, que dibujan la musculatura, todo del color de la carne.

—De color de rosa subido, querrás decir; yo creía que te habías disfrazado de rábano, porque como llevas esas yerbas en la cabeza...!

—La corona, borrego, la corona; solo que como ahora no hay hojas de parra!

—Continúa, Roque.

—Continúa. Disfrazado ya y con el bolsillo bien provisto, me dije: ¿Qué te falta, Roque? Un amigo alegre que te acompañe, que te aconseje, que te estravíe y que te enmiende; es decir un amigo que cene contigo, que se divierta contigo, que disparete contigo y que despues se lamente contigo de todo lo pasado. Ninguno mejor que Lopez, para el caso, me contesté, y aquí me tienes dispuesto á no salir si no me acompañas.

—Es el caso que yo habia resuelto acostarme.

—Ahora resolverás otra cosa.

—No puedo hacer gastos.

—Yo lo pago todo esta noche.

—¿Y traje?

—Alquilaremos uno en el almacen de la esquina.

—Pues en marcha.

—En marcha.

II.

Una hora despues, el Baco de color de rosa subido, coronado de yerba y un caballero de la época de Carlos V, que era yo, atravesaban el vestibulo del teatro Real. Es de advertir que mi amigo Roque es hombre de mediana estatura y de extraordinaria corpulencia, grotesco conjunto, capaz de promover la risa de un guarda canton, y que produjo en el salon un verdadero escándalo. Todas las miradas se fijaron en nosotros, los grupos de los concurrentes se agolpaban á nuestro paso y herian mis oidos las chanzonetas mas epigramáticas y los chistes mas picantes y mas oportunos. Yo no sé lo que le pasaria á Roque; pero yo, á pesar del antifáz, me encontraba avergonzado y sentia escalofrios, como si estuviera amagado de grave enfermedad.

Gracias al cielo, poco á poco nos dejaron en paz, y cansada la gente de reir á costa nuestra, nos miraba ya con indiferencia, cosa que yo aplaudia en lo intimo de mi corazón.

Entonces exclamó Roque:

—Pero hombre, no nos divertimos.

—¿Qué diantre quieres que hagamos?

—Bailar, embromar, cualquier cosa; esto es hacer el borrego.

Mis lectores habrán advertido que borrego era la palabra favorita de Roque.

—No sé bailar.

—Yo bailaré; de este modo se me abrirá el apetito y despues cenaremos.

—¿Cenaremos, Roque? me convido, gritó á nuestro lado una especie de ninfa mofletuda, al mismo tiempo que se colgaba del brazo de mi amigo.

—¿Quién eres, diosa del Olimpo? exclamó con gachonería Roque, ¿quién eres tú que me conoces sin que me quite la careta?

—Una diosa que busca un dios, y lo ha encontrado. ¿No te has convertido esta noche en dios Paco?

—Baco, borrega, Baco.

—Lo mismo tiene. Deseaba encontrarte para decirte media docena de verdades. ¿Sabes, Roque, que estás interesante con ese traje-cito?

—¡Aduladora!

—Yo me hubiera vestido de turca, porque me entusiasman las *ordaliscas*....

—Odaliscas, borrega, odaliscas.

—Lo mismo tiene. Decía que me entusiasman esas señoras, pero la Paca, una amiga de la infancia, me destruyó en el asunto....

—Te instruyó, querrás decir.

—Mira Roque, no me interrumpas; yo hablo así á la buena de Dios, para desorientarte.

—Habla como quieras.

—Pues la Paca, me dijo que esos trajes no están admitidos entre las señoras; es decir, entre nosotras, por cuya razon elegí este de capricho, entre ninfa y cantinera.

—¿Sabes que me encantas, muger fornida, entre cantinera y ninfa?

—¡Qué malo eres!

—Demos algunas vueltas por el salon.

Y Roque, sin acordarse de mí, se marchó llevando del brazo á la desconocida, cuya alcurnia no debia ser muy elevada, segun los resabios de su lenguaje.

Pocos momentos despues tocaba la música un vals de Strauss, uno de esos vales estrafios del conocido compositor, que convidan al mas perzoso mortal á estrechar entre sus brazos á una muger, y á dejarse arrebatar por el vértigo del baile. Un movimiento de retroceso que partia de los curiosos inmediatos á los bailarines, trajo hasta mí una oleada de gente, indicándome que algo curioso tenia lugar entre las parejas que danzaban. Coloquéme á costa de grandes esfuerzos en la primera fila de curiosos, y no pude menos de prorrumpir en una sonora carcajada al ver á Baco y á la ninfa dar vueltas como un torbellino sin orden ni concierto. Aquello no era una pareja que bailaba, era un alud que se desprendia de una montaña, y que destrozaba todo lo que se oponia á su paso; cada pisotón del dios ó de su compañera aplastaba un pié, y á cada vuelta se llevaban tras sí girones de gasa de los vestidos, faldas de capuchones, capas de caballeros del tiempo de Felipe IV, mantos de damas, despojos, en fin, de todas clases, aparte de los terribles codazos que hundian las costillas de los distraidos y de alguna que otra cabezada á topa carnero que repartian á domicilio.

Aquella pareja amenazaba enviar á todos los concurrentes, sino á la eternidad, al hospital por lo menos, y un grito de espanto resonó en el salon; como si dijéramos un «sálvese quien pueda» general. Pero los grandes remedios son para las grandes ocasiones, y un pollo se encargó de detener aquel torbellino, para lo cual se arrojó bonitamente á la pareja, y le echó la zancadilla al dios Baco al mismo tiempo que ponía su corazón á los piés de su dulcinea, una portera de la calle del Barquillo que le habia exigido aquella prueba de cariño.

Perdió el equilibrio el dios, abrió los brazos la ninfa-cantinera, y cayó aquel rodando por la alfombra, como becerro herido súbitamente por la certera pedrada del pastor.

Una silba general saludó la caída del héroe, pero Roque no perdió la serenidad; se levantó como debían levantarse los gladiadores romanos despues de un lance desgraciado, con dignidad; saludó al público, se unió de nuevo á la dama desconocida, y me dijo al pasar:

—Tengo un gran pensamiento; he tomado un palco, y voy á mandar que nos sirvan allí una cena opípara; nos acompañarán varios amigos de mi pareja; yo pago.

—¿Estás loco?

—Quiero divertirme. Además esta muger es lo mas gracioso, lo mas amable, lo mas encantador y lo mas fino del mundo, ya verás; tengo deseos de conocerla, te espero en el palco. ¿Vamos á cenar, borrega?

—Vamos á cenar, contestó la ninfa, el baile me ha dado un dolor de *estógeno*....!

III.

Iba á seguir á Roque cuando una dama envuelta en un dominó negro con una cruz roja al pecho me detuvo.

—Qué escándalo, Lopez, me dijo.

—No me llamo Lopez, contesté admirado.

—Es inútil que lo niegues; tú eres Lopez, ese Baco que bailaba, Roque y esa ninfa.... conozco á esa ninfa tan bien como tú y como Roque.

—Entonces no la conoces; porque ni Roque ni yo sabemos quién es.

—Mientes.

—Te lo juro. No lo sé, y Roque acaba de decirme que tiene deseos de conocerla.

—Creo lo que dices, pero Roque te engaña, Roque la conoce.

—¿Quién sabe!

—¿Y la muger de tu amigo?

—Duerme, persuadida de que su marido está en Aranjuez.

—¿Qué infamia! ¿Y dónde han ido ahora el dios y su compañera?

—A cenar; míralos allí en aquel palco; Roque bebe, ella bebe tambien.... sus compañeros beben....

—Todo lo sabrá su muger.

—No, por Dios, máscara; ¿qué necesidad tienes de llevar la discordia al seno de una familia feliz?

—Ella es mi amiga y ese hombre es un villano.

—Sosiégate.

Desde aquel momento nuestra conversacion se hizo mas íntima; hablamos contra las demasías de los maridos, contra la indiferencia de las mugeres, contra la corrupcion del siglo, contra los bailes, contra todo; pero tan sabrosa plática no acallaba un apetito muy parecido á la necesidad que sentia hacia rato, nacido quizás del ayuno forzado á que la absoluta falta de dinero me habia condenado el dia anterior.

Temia advertirle á mi compañera, despues de tanta moralidad como habian vertido mis labios, que me marchaba á tomar parte en la orgía que tenia lugar en el palco, pero con asombro escuché que estaba dispuesta á acompañarme.

Llegamos al palco cuando Baco, la ninfa y sus compañeros, animados por el espirituoso Champagne, se encontraban en ese período expansivo de la alegría en que dice la lengua todo lo que se piensa y hasta lo que no se piensa.

Saludaron nuestra llegada con aplausos y repitieron las libaciones en honor nuestro.

Al poco rato nadie se entendia; Roque se quitó el antifáz; sus ojos parecían querer saltar de las órbitas, su cara tenia el mismo color que el traje y la yerba de la corona caía marchita sobre su frente, como las plantas parásitas caen sobre las tapias viejas, con cierto aire de desdén; movía la cabeza como un estúpido, mejor dicho, como un beodo, pues tal era su estado, y empuñaba convulsivamente la copa.

—Bien, Roque, gritó la ninfa; eres todo un caballero; ahora me toca á mí.

Y con el mayor desenfado se arrancó la máscara.

—¡Lola! exclamamos todos; ¡Lola! repitió balbuciente Roque, mi cocinera ¡soy un borrego!

Y llevando la copa á sus labios la apuré de un trago; quiso levantarse y no pudo, perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo.

Lola, que estaba poco mas ó menos en el mismo estado que su amo, empuñó una botella de Champagne y se subió sobre la mesa que se hallaba en el centro del palco, gritando con voz estentórea:

—Yo no soy Lola, yo no soy una ninfa, yo soy el Carnaval, que vengo á despedirme este año de mis aficionados. Yo he engañado á Roque, yo he engañado á todos, he bailado, he

reido, he cantado, he *achispado* á estos *probes*; yo tambien estoy alegrilla; esto es vivir, esto es gozar. ¡Viva el Carnaval! ¡viva la careta! El mundo es una casa de locos ¡mueran los cuer-dos!

Pronunciado este discurso, Lola miraba á todas partes con ojos espantados.

Entonces la máscara del dominó con la cruz roja al pecho, que habia venido conmigo se puso de pié; Baco levantó la cabeza con curiosidad, la ninfa calló, yo esperé algun contratiempo.

La máscara se quitó el antifáz, miró con desdén aquella escena y volvió á enmascararse sin pronunciar una palabra. Despues salió del palco, quise acompañarla; pero me rechazó con dureza.

Roque exclamó con terror.

—Mi muger!

La ninfa murmuró:

—Doña Angustias, ¡mi señora! ¡maldita sea esa vieja!

Media hora despues dejaba yo á Roque en la casa de un amigo, durmiendo la mona; Lola se marchó con sus compañeras.

IV.

Doña Angustias no ha vuelto á ver á la cocinera, Roque para obtener el perdon de su muger tuvo que someterse á todas sus exigencias, empezando por ayunar tres dias á pan y agua, y por acompañarla constantemente durante esos tres dias.

Hay que advertir que Roque es un gloton de primera fuerza y que Doña Angustias tiene una cara que corre parejas con su nombre; considere el piadoso lector si fue cruel el castigo impuesto al aventurero dios Baco.

RAFAEL BLASCO.

FÁBULA.

EL ASNO Y EL ESPEJO.

Meditaba un jumento
El modo de lucir su entendimiento;
Cuando, en día de feria,
Cruzando perezoso
Por medio de un mercado bullicioso,
Oyó por todas partes
Criticar los productos de las artes.

«¡Aquí, dijo al momento,
Aquí de mi talento!
He de aprender siquiera con trabajo
Una crítica amarga, por ejemplo,
Y entonces mi voz templo
Y á todo lo que salga se lo encajo.

«¿Qué importa que no entienda
De aquello que critique mi osadía?
El caso es que se ofenda
El autor de la pobre mercancía
Y adquiera yo á su costa nombradía.»

El infeliz pollino,
Para llevar á cabo su consejo,
Siguiendo su camino
Vino á parar enfrente de un espejo;
Y lanzando un rebuzno destemplado
«Miren, gritó inspirado,
Ahí dentro ¡por mi vida!
La figura y su autor corren parejas,
Orejas le pintó... ¡pero qué orejas!»

Y rebuznó á seguida
Estupendos dislates;
Mas luego, concluida
La sátira infernal de disparates,
Miró fijo al tendero,
Quien le dijo con grave laconismo:
«Estúpido parlero,
¿No ves que te burlabas de tí mismo?»

¡A cuánto criticon de audáz talento
Se podría aplicar lo de este cuento!

R. FERRER Y BIGNÉ.

ORIENTAL (1).

¡Sultana, la de negra cabellera,
Hoy á tus rejas Almanzor el moro
Viene á decirte por la vez postrera:
Sultana, yo te adoro!

¡En tanto que la luna sosegada
Sobre la plata del Genil riela,
Tú serás por mis cantos arrullada,
Yo seré de tu sueño centinela!

¡Entre lecho de pluma regalado
Alá te guarda mientras sufro y lloro!
¡Mientras dice mi acento enamorado,
Sultana, yo te adoro!

¡De *Houri* los ojos, como el alba hermosa,
Mas precio, dulce prenda, tus amores
Que el iris la pintada mariposa,
Que el céfiro el aroma de las flores!

¡Si abrieras tu ajiméz, perla de Oriente,
Oyeras resbalar blando y sonoro,
En el eco, en la luz, en el ambiente:
Sultana, yo te adoro!

¡Recibe de Almanzor la despedida!
¡Vive feliz mientras penando vivo,
Y acuérdate, Sultana, agradecida
Del pobre moro de tu amor cautivo!

¡Aunque te mires en agenos brazos
Piensa que siempre mi dolor devoro!
¡Que te dejo del alma los poderes!
¡Sultana, que te adoro!

CAYETANO DE SURICALDAY.

Abril, 1855.

FELICIDAD DOMESTICA.

(Continuacion.)

Pepe hace el último esfuerzo para poner una mordaza á la sangre de los Berrinches.

Algunos vecinos escuchan la disputa desde la esquina de enfrente y el tio Geromo sube la escalera con toda la ligereza que le permiten sus setenta años.

—¡Qué escándalo es este, caráspita! esclama lanzándose en medio de sus amos. ¡A ver si se calla aquí todo Dios!

—Tio Geromo, vaya Vd. á cumplir con su obligacion y no se meta Vd. en los asuntos de sus amos! le replica Pepe.

—Mi obligacion es no consentir que esteis siempre como el perro y el gato por un quitame allá esas pajas.

—¡Obedézcame Vd. y calle! grita Pepe con severidad al viejo.

—Pues no me dá la gana obedecer, caráspita, que tú no eres mi amo ni Cristo que lo fundó. Mi amo era el pobre de tu padre que esté en gloria, y aquel me tenia autorizado hasta para cascarte las liendres, ¿conque estás enterado?

—Vaya, á Vd. hay que dejarle ó matarle, dice Pepe sonriendo; pero viendo que Isabel

(1) Todos los amantes de las letras españolas han llegado á conocer, á oír alguna vez al menos, el nombre del malogrado poeta, muerto hace muy pocos años, que escribió esta composicion inédita todavía. Su autor ha sido uno de esos muchos talentos poco conocidos que gastan en una lucha incesante en el gran centro literario de Madrid, el levantado vuelo para el cual su imaginacion reunia privilegiadas condiciones.

La necesidad de trabajar para vivir, la precision de producir muchas obras, ha privado á cuantos reconocian en el malogrado Suricalday un talento no comun, de los sazonados frutos que este hubiese producido sin duda alguna á haber alcanzado la tranquilidad que le faltó siempre hasta la hora de su muerte.

Esta poesia, no de las mejores suyas, se recomienda por cierta delicadeza de sentimiento que no suele abundar en las mil composiciones que hemos visto de este género llenar las columnas de los periódicos.

se deshace en lágrimas agitada por la convulsion nerviosa cada vez mas fuerte, hace un supremo esfuerzo para convencerla de que sus quejas son infundadas y de que si quiere tranquilizarse lo conseguirá solo con escucharle.

—Vamos, vamos, dice el tio Geromo uniendo sus esfuerzos á los de Pepe, tú tambien eres una cascarrabias y es necesario que domines ese geniecillo que te se ha pegado de tu marido.

Y cojiendo á Isabel del brazo y procurando arrojarla á los de su marido.

—Anda, añade, dale un abrazo y estamos todos al fin de la calle.

Pero Isabel paga la oficiosidad del viejo con un sofion y se deja caer nuevamente en el sillón quejándose de lo desgraciada que Dios la ha hecho dándole el marido que le ha dado.

—Pues tú y tu marido y toda vuestra casta os vais á donde se fue mi dinero, esclama el tio Geromo furioso al ver que nadie le hace caso. Sois un atajo de ingratos y descastados y no mereceis que nadie se tome interés por vosotros. La culpa me tengo yo que no digo al veros enzarzados: «anda que se descuer-nen...» ¡Ay, si alzara la cabeza el pobre señor Juan y viera cómo tratan su hijo y su nuer a este pobre viejo que lleva cerca de sesenta años en la casa...

Y el tio Geromo toma la escalera, empuña el hacha que estaba tirada en el portal y continúa partiendo leña con tal rabia que de cada hachazo divide una gruesa rama de álamo negro, figurándose que el zoque de madera es el pescuezo de la tia Gaceta á quien con razon echa la culpa de toda la gresca que esta vez anda en la casa.

Entretanto Isabel y Pepe discuten á mas y mejor en la sala, porque es de saber que Pepe ha alcanzado por fin la gran victoria de que su muger le escuche y le replique.

En política la discusion conduce generalmente al odio, pero en cuestiones domésticas la discusion conduce á la reconciliacion aunque á veces hace dar un rodeo por los trastazos.

Pasaba esto la víspera de una solemne fiesta y las campanas de la iglesia parroquial de Coveña comenzaron á repicar con gran enojo de Isabel y Pepe en el momento en que Pepe é Isabel comenzaron á discutir.

Un grito de horror se oyó de repente hácia la plaza, las campanas callaron, y llantos y voces lastimeras, que se estendieron rápidamente por todo el pueblo, siguieron á aquel grito.

—¡Santo Cristo del Amparo, favorecedle! gritaban las mugeres.

Y Pepe y su muger, olvidando repentinamente su querella, se precipitaron al balcon y tan pronto como supieron la causa de aquel llanto y aquellos lamentos, corrieron hácia la iglesia á cuya plaza se agolpaban todos los habitantes del pueblo.

IV.

La iglesia parroquial de Coveña es uno de los templos mas hermosos que alegran con la voz de sus campanas las llanuras de Castilla la Nueva.

No en vano hemos dicho que su torre parece la de una catedral. Apenas salimos de Madrid, distinguimos allá lejos, muy lejos, en el vago y estenso horizonte, una aguja que surge de la llanura y en torno ó al pié de la cual en vano buscamos algun edificio. Aquella aguja que al salir de Madrid nos parecia negra y segun vamos caminando hácia ella va tornándose blanca, es el campanario de Coveña que se alza de una hondonada en cuyo fondo se oculta á nuestros ojos el hermoso templo que le sirve de pedestal.

La traduccion popular que, con permiso del axioma *vox populi, vox Dei*, suele ser muy embustera é incurre en anacronismos de



INAUGURACION DE LOS TRABAJOS DEL DERRIBO DE LAS MURALLAS EN VALENCIA
(20 de Febrero de 1865, véase la revista de la semana).

marca mayor, atribuye á Herrera, al gran artífice del monasterio del Escorial, la construcción de la iglesia parroquial de Coveña, que en mi concepto cuando más será obra de algun discípulo de Herrera.

La tradición no se contenta con esto: echándose sin duda la cuenta de presa por ocho presa por ochenta, se aventura á contar lo siguiente:

Juan de Herrera veía ya casi terminada la iglesia de Coveña y se complacía en contemplar su obra, unas veces á vista de pájaro, es decir, desde el cerro del Castillo, y otras á vista de hormiga, es decir, desde la plaza donde está edificada la iglesia.

Juan de Herrera tenía un hijo que valía un Perú en punto á teoría, pero que no valía un comino en punto á práctica.

El chico emprendió un día la subida al campanario por la altísima escalera espiral encerrada en una especie de tubo de piedra, que aun subsiste, y al llegar al fin de aquel poco menos que interminable remolino se sintió mareado con tantas vueltas y revueltas. Su padre que le seguía sin que él lo supiese, le vió asomarse á una ventana que dá á la plaza y echarse inmediatamente atrás espantado del abismo á cuya orilla se hallaba.

—¿Cobarde, tienes miedo? exclamó Herrera indignado al ver que su hijo se asustaba de la altura que no asustaba á muchos niños de Coveña.

El muchacho quiso defenderse de la acusación que su padre le dirigía y volvió á asomarse á la ventana: pero Herrera notó que mientras permanecía asomado, cerraba los ojos no pudiendo contemplar con serenidad el abismo sobre el cual se inclinaba.

Herrera renovó sus reconvenciones cada vez mas irritado con su hijo que no puso gran empeño en defenderse.

Algunos días después, se bendijo el templo y con tal motivo el arquitecto y su hijo fueron obsequiados por el ayuntamiento con un espléndido banquete al que asistían muchas personas notables de los pueblos comarcanos de Alcalá y de Madrid.

Durante el banquete, Herrera quiso aprovechar la ocasión que le pareció oportuna para castigar la que él creía falta de su hijo, y refirió ante aquel lucido concurso la prueba de cobardía dada por el muchacho.

Este, lleno de vergüenza, trató de probar que no había sentido miedo al asomarse á la ventana de la torre, pero como le desmintiese su padre y nadie le creyese, exclamó herido en su amor propio:

—Padre, consentid que me someta á una gran prueba solemne y pública y nadie habrá que se atreva á tacharme de cobarde.

—Lo consiento, hijo, contestó Herrera con alegría, porque por lo mismo que quería mucho á su hijo, no le quería falto de valor. ¿Qué prueba deseas?

—Aun falta coronar la torre con el globo y la cruz que hoy se han traído de Madrid. Permitidme subir á colocar ese coronamiento.

—¿Tendrás valor para ello?

—Le tendré.

—Mira, hijo, que si allí te falta el valor, te faltará la vida.

—Ni el valor ni la vida me faltarán.

—Pues bien: mañana subirás á colocar sobre la torre el globo y la cruz, dijo Herrera estrechando regocijado la mano de su hijo cuya resolución aplaudieron también cuantos estaban presentes.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

con los suscritores y corresponsales.

Sr. D. M. M. R., Santander.—Se remite la colección que desea.

Sr. D. I. L. F., Santa Cruz de Tenerife.—Recibida su carta y vistas.

Sr. D. C. G., Montroy.—Servida la suscripción, remita V. el importe en sellos de correos.

Sr. D. A. G., Valladolid.—Mil gracias por su distinción, se le cuenta á V. como suscriptor perpetuo.—Recibidos los sellos: puede V. pedir la fotografía que desea.

Excmo. Sr. C. de A., Sevilla.—Recibida su carta queda hecha la suscripción.

Sr. D. J. R. M., Lima.—El 25 p. % si pasan de 12 suscripciones: se remiten mas prospectos.

Sr. D. A. P., Granada.—Servida la suscripción se girará á su orden.

Sr. D. P. H., Coruña.—En casa del corresponsal estará el número que desea.

Sr. D. N. D. de B., Londres.—Recibida su carta, se remiten los números que desea.

Sr. D. C. D., Madrid.—Recibida la hoja duplicada de la nueva suscripción de Lisboa.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Ries, plaza de San Jorge, 3.